



## El monasterio y los laicos insertos en la cultura urbana

La presencia de los monjes en el espacio urbano tiene una tradición considerable, inclusive en Brasil. No obstante, problemas y desafíos aparecieron para quienes intentaron llevar a cabo tal proyecto, tanto en el pasado como, en especial, en el presente.

Presupuesto de estas consideraciones es la pertenencia de la comunidad monástica, donde quiera que se encuentre, en alguna Iglesia particular. Es mediante ésta que un monasterio y sus monjes organizan, modelan y matizan sus relaciones con cualquier población socialmente organizada y, por tanto, también con la ciudad. Es en la ciudad, visualizada en su forma más actual donde los monjes se encuentran con el laico, reconocido como protagonista de la misión, y con él se relacionan. Ellos lo hacen a partir de su "conversatio" y a través de las acciones que la constituyen frente a aquellas que caracterizan al laico, al clero y a otros religiosos. Éste es el segundo presupuesto de estas consideraciones.

A partir de la pertenencia del monje a su Iglesia particular y en los términos de los presupuestos arriba explicitados, comenzaré esta exposición. Para que ésta no tome la forma de un monólogo de monjes, citaré testimonios de laicos que frecuentan el Monasterio de São Bento de São Paulo, (que les serán anexados).

### El monasterio en la Iglesia particular

La inserción de un monasterio en la Iglesia particular es un problema que nace con el monaquismo primitivo y es por

éste transmitido a las siguientes generaciones monásticas. No recordaremos, en el contexto de la presente conferencia, la historia de las relaciones entre el monaquismo y la Iglesia local.

Sin embargo nos interesan dos momentos en particular: primeramente el presentado por la Regla de San Benito, en el capítulo 64. Al legislar la elección del abad, esta habla de la posibilidad de una comunidad viciosa capaz de escoger a alguien que le sea cómplice. Prescribe para tales casos que si "esos vicios llegan, de alguna forma al conocimiento del obispo de la diócesis a la que pertenece el lugar, o fueran muy evidentes para los abades o cristianos vecinos, no se permita que prevalezca el consenso de los malos..." Reconócese, entonces, un poder de jurisdicción, a título de instancia superior, lo que implica una inserción vital que, sin deterioro de lo específicamente monástico, concibe el monasterio como institución inserta en la Iglesia local.

Otro momento que cabe considerar es el presente: después de una larga historia de excepciones y privilegios, la eclesiología del Concilio Ecuménico Vaticano II habla de la Iglesia particular como el lugar de inserción de todo cristiano y, por tanto, también del monje, en la única y universal Iglesia de Cristo. En el monaquismo benedictino, cabe señalar que al amparo de la Regla, el voto de estabilidad, hecho *ad vitam*, toma tal vínculo con la Iglesia local, imperativo para cada monje, considerado individualmente. Se trata de un compromiso formulado en términos precisos de tiempo y espacio, del cual resulta un vínculo de carácter sacramental con la Iglesia, vínculo que tiene su contrapunto en el principio "*ecclesia in episcopo*". Este implica una estabilidad que sólo el interés mayor de la Iglesia universal permite romper.

Desde el punto de vista del carisma que le es propio, el monje es un "laikos" y, como tal, tiene por su suelo inmediato la Iglesia local.

Tal estatuto no es roto cuando el monje recibe el presbiterado: originariamente, el presbítero es responsable de un ministerio preciso en una Iglesia y, en estos términos, es

también estable. Como ocurre con el obispo, en principio, sólo el interés mayor de la Iglesia universal autoriza una ruptura de esta estabilidad.

Según la Regla Benedictina, el servicio que compete al monje se ejerce mediante el *Opus Dei* y el trabajo, debidamente moderados y complementados, en los términos que precisaremos enseguida.

## Oración

Son dos las contribuciones principales que el monaquismo puede dar a la sociedad y a la Iglesia local: la oración y el trabajo, ambos moderados por el reposo.

En lo que respecta a la oración, importa ir a lo específico: teniendo como presupuesto el patrimonio común de la Gran Liturgia, cabe al monje responder con mayor énfasis a la consagración del tiempo en cuanto "opportunitas" y "Kairos". El aprovechar esta oportunidad es anunciada por la Regla en su Prólogo en términos categóricos. Ella exhorta al hombre que llega al monasterio, diciéndole:

"Corred, mientras tenéis aún la luz de la vida, antes que os sorprendan las tinieblas de la muerte" (13) y poco antes, cuando lo exhorta a aproximarse "y abiertos los ojos a la luz deífica..." (9), en vista de la audición del Verbum.

La Regla enfatiza también la participación en el Misterio Pascual. Al prescribir la disciplina cuaresmal, señala que, observando lo obligatorio, lo que se ofrece de más, se haga "con la alegría del Espíritu Santo" de tal modo que aquel que lo ejecuta "espere la santa Pascua en la alegría del deseo espiritual" (RB 49,6-7). Ciertamente, está ahí echado el fundamento de toda espiritualidad monástica, sin la cual todo lo que sigue no tiene ningún sentido.

Dos desafíos se proponen al monaquismo. El primero es el de tornar patente y rescatar la actitud de vigilia en un

horizonte pascual-escatológico, común a todo cristiano, muchas veces disuelto en la rutina y en el afán del trabajo, o en cierto vacío de un ocio mal concebido. Esta especial misión exige, ante todo, una intención profunda de cumplirla, y no queda de ninguna manera excluida la celebración de un Oficio con este propósito; este Oficio debe ser rigurosamente inscrito en el tiempo con el objetivo de cumplir lo que se propone: ser efectivamente una vigilia. Es obvio que todo esto debe ser hecho en nombre de la virtud teológica de la esperanza, enteramente orientada hacia el advenio de Cristo.

Al considerar formas concretas para el cumplimiento de esta misión cabe considerar cuánto alteró el desenvolvimiento de la tecnología la relación del hombre con la noche, también ella erigida en tiempo hábil para el trabajo.

Al escoger el horario para el oficio de las vigiliass se debe tomar en cuenta esta novedad de los tiempos modernos y considerar las variadas circunstancias de tiempo y lugar, de modo que la celebración litúrgica sea un signo para el hombre de hoy. Importa que el Opus Dei sea un **vacare Deo**. Para que éste sea más y mejor una práctica monástica fue erigida la lectio divina, clásica en la tradición benedictina. De ella, como de un **vacare**, habla reiteradas veces el capítulo 48 de la Regla, precisamente relacionándola con el trabajo manual. Allí se sugiere que la lectio, más allá de ser un alimento del espíritu para la observancia del Opus Dei, tiene cierta conexión con el trabajo, pues ella también es de algún modo **opus**.

El segundo desafío que se propone al monaquismo es el de santificar el tiempo, como éste es medido en nuestros días, sin menosprecio de la tradición, pero sin servilismo. Aquí, cabe también señalar que la sociedad moderna se vale, para el trabajo, de unidades continuas de tiempo más largas.

Toca entonces saber si el horario y el número de los Oficios deben respetar esta demarcación o romperla, para así, señalar la supremacía del hombre sobre su propio trabajo y sobre los valores de la producción.

Todo esto debe ser realizado de forma de proporcionar a la Iglesia y a la sociedad el mejor y más tradicional parámetro de calidad muy necesario en los días de hoy, en los cuales la simplificación de la liturgia, a veces, asume la forma de una verdadera usura, confundiendo despojamiento con desprecio.

## Trabajo

Se debe insistir en la realización de un trabajo que no sea meramente una ocupación, sino una producción efectiva de subsistencia para el monasterio, considerando la autonomía de la sociedad, y un servicio siempre útil y en parte necesario para la Iglesia. Estas dos cualidades del trabajo monástico son condiciones indispensables de valor y reconocimiento en relación al propio testimonio de los monjes que en el trabajo cumplen el **opus Dei**.

Más allá de todo esto ante una sociedad que consume al hombre en el trabajo y lo torna para el bien particular de otro, vale la pena transmitir la visión de un trabajo al servicio del hombre. En relación al trabajo, el hombre es la meta y en esta meta se inscribe siempre el trabajador que lo realiza; esto quiere decir que el trabajo debe incluirlo entre los hombres que se ven beneficiados por él. En una ciudad grande como San Pablo, tal testimonio es imprescindible, y el justo reposo debe ser la expresión de la supremacía del hombre. Entonces es justificable la aplicación del tiempo destinado al **opus Dei** para expresar el primado del fin último sobre lo temporal, siendo ésta la práctica más racional del ocio. En lo que respecta al comercio de productos y servicios, importa guiarse por la norma de la Regla: *Y en los precios no se infiltre el vicio de la avaricia, antes bien dése siempre a un precio un poco más bajo que lo que puedan darlo los seglares, para que en todas las cosas sea Dios glorificado.*

En suma, un medio y no un fin, el trabajo tiene que ser concebido como algo que debe redundar en bien del hombre.

Más allá de todo esto, no sólo es un servicio prestado por el monasterio, sino que también fundamenta la edificación de éste. El trabajo debe, por tanto, revestirse de la perfección del hacer humano y del propio monje y, mediante éste, de todos aquellos que a él se aproximan.

En estos términos, toda la vida monástica es, bajo diversas modalidades, **opus Dei et opus manuum**. Ella lo es en un registro (régimen) escatológico: de ahí vale también para el trabajo la norma de la Regla: *es preciso ahora correr y poner por obra lo que nos aprovechará para siempre*.

### El monaquismo en la ciudad

Es cuestión discutida entre los monjes la posibilidad de instaurarse y vivir un verdadero monaquismo en ambiente urbano. Debemos admitir, desde el inicio, que no se puede restringir el carisma monástico solo a la santificación de la población rural. Se trata, por lo tanto, de saber si el monaquismo es posible en espacio urbano, particularmente, cuando se trata de una ciudad grande, y aún más de una metrópolis. Sin duda, cumplir en la ciudad con todas las exigencias de la tradición monástica es un desafío y la implantación de una comunidad exige cautelas que el campo dispensaría.

Más, la ciudad es un desafío para ser enfrentado y superado. En efecto, la sociedad rural del pasado tiene algo de romántico. Hoy lo que existe es una empresa rural que, cuando puede, deja de lado al trabajador, condenado a convertirse en "peón", frustrando todo su proyecto comunitario. Viven en el campo los responsables de la administración y los propietarios van a él para descansar. La migración a la ciudad es un imperativo de nuestro tiempo, no obstante que su carácter más o menos benéfico sea una cuestión discutible.

Tal imperativo, si no se genera un nuevo mundo rural, es un desafío para los monjes, para los cuales la huida de la

ciudad equivale a la demanda de un lugar que simplemente no existe, como existió en el pasado: el espacio específico de una comunidad humana y no solamente un local de trabajo. Con esto, se corre el riesgo de que el campo se torne para el monasterio un espacio meramente geográfico, sin una comunidad humana, y más aún, una Iglesia que tuerza sus raíces. El modelo monástico rural al enfrentar un desafío, también corre el peligro de hacer tambalear su propia identidad. La localización del monasterio en el campo puede traer un aislamiento comprometedor de la misión del monje y dar a la sociedad la impresión de un mero comodismo burgués. Para que esto no ocurra, es importante desarrollar medios y recursos que tornen el Monasterio rural en un centro o polo de atracción y de irradiación espiritual. De estas consideraciones se desprende que, si por un lado, también el monaquismo rural tiene desafíos que enfrentar en su inserción en la sociedad actual, por otro, hay una razón de prioritaria grandeza para pensar e intentar con más racionalidad, un monaquismo urbano. El lugar determinante de la ciudad actual no es más la polis griega o el burgo medieval, ni tampoco la ciudad en equilibrio con el campo de los comienzos de la modernidad y del capitalismo burgués, sino el centro irradiador y absorbente de toda la vida social: desde producción económica hasta decisión política, desde generación de la cultura hasta experiencia religiosa. Por tanto, trátase hoy de transformar la ciudad en su interior y restaurar el equilibrio con el campo, neutralizando su centralismo y su monopolio.

Aunque esta transformación venga a restaurar el antiguo equilibrio, no por eso habrá razón suficiente para salir de la ciudad a fin de orar por ella a la distancia.

En el horizonte de estas consideraciones es donde se debe abordar la situación concreta con la cual se está enfrentando la Iglesia y en esta, el monasterio en la sociedad contemporánea. En el caso de Brasil, un primer dato es de orden cuantitativo: los católicos constituyeron hasta hoy un 75% de la población brasileña.

De entre los restantes, 15% forman parte de otras religiones, prevaleciendo las denominadas pentecostales de origen o afinidad protestante; por otro lado el 10% son o se dicen religiosamente independientes, sin religión, o ateos. El interés religioso experimenta, ciertamente, un crecimiento todavía no evaluado, tendiendo a lo exótico o lo exógeno. En las ciudades, 50% de los católicos son indiferentes a la Iglesia en la teoría, en la práctica o en ambas.

Más allá de estas consideraciones, el catolicismo brasileño autóctono y tradicional, llamado a veces popular, todavía se resiente de dos hechos que lo alcanzaron, uno de orden religioso, lo que los historiadores llaman **romanización**, y el otro de orden social, la propia urbanización de la cual ya se habló anteriormente.

En lo que a esto concierne, es importante recordar que, implantado en plena vigencia del ordo tridentino, el catolicismo brasileño muy pocas veces obedeció el rigor de sus cánones. Fue una religión de colonia, caracterizada por el devocionismo y cierto laicismo derivado de la carencia de clero, sin hablar del régimen de patronato que afectaba a este último.

Iniciada en el último cuarto del segundo reinado, la romanización tuvo lugar en las ciudades, no en el campo. Con la migración de éste a la ciudad apareció el problema: la heterogeneidad de la formación tornó la integración del emigrante en un catolicismo urbano por lo menos difícil y, en el límite, más formal que real. Ciertamente, hay elementos en común: los sacramentos del bautismo, de la eucaristía y del matrimonio, la confesión **in periculo vel articulo mortis** y la devoción a María. A partir de este núcleo común es como toda la pastoral de integración puede ser pensada. En relación a esto es como la contribución benedictina puede ser más fructífera. Cabe señalar que los monasterios brasileños, desde la fundación de cada uno de ellos hasta la erección de su conjunto en congregación autónoma bajo el Papa León XIII, estuvieron siempre ligados a los centros urbanos. Hay, por lo tanto, una verdadera tradición que debe ser respetada.



## El monasterio y el laico

En el horizonte de estas consideraciones es donde cabe concebir, evaluar e instaurar la relación entre una comunidad monástica y los laicos que la rodean o que acuden a ella.

Esta relación no puede restringirse a las personas que buscan el monasterio por algún motivo de naturaleza especial. Sin excluir éste, cabe establecer una relación más radical: constituir con los laicos una verdadera unidad eclesial, insertada en la Iglesia.

En otras palabras, de la misma manera que la vida monástica implica un grado mayor de recogimiento y cierto retraimiento en relación a lo que normalmente llamamos el mundo, esto no se hará en detrimento de una unidad eclesial, sino al contrario con miras a un beneficio de ésta.

El flujo de los laicos al monasterio, raramente homogéneo, debe recibir de éste una influencia transformadora que oriente a la constitución de una unidad eclesial más homogénea.

Aquí corresponde valerse del viejo y clásico concepto de participación: conviene hacer que el laico participe de los bienes propios del monaquismo a partir de una comunión con éste en la unidad concreta, universal y local, de una sola y misma Iglesia. Esta participación se hará principalmente en y a partir de la liturgia en su forma monástica, es decir con un **Opus Dei** elocuente en su calidad de consagración inmediata del tiempo. En esto, el hacer sobrepasa al hombre, como ser que es sostenido por la gracia.

La prosecución de este propósito implica la superación de cierta solución de continuidad entre la comunidad monástica y la laica, sin el deterioro de la diferencia específica entre ambas. En torno a la unión vital entre el monasterio y los laicos, y en vista de esta misma unión, es como se deben articular los servicios prestados por los monjes, sea los que sólo ellos pueden prestar, sea los que suplen, por impedimento de otros agentes.

Adoptada tal perspectiva, se da prioridad a lo específico y se evita el riesgo de la dispersión.

Se trata, por lo tanto, de algunos principios cuyos medios de efectivación dependen de la forma como cada comunidad monástica está llamada a descubrirlos y ponerlos en práctica de acuerdo con sus propias características en el medio en el que se inserta.

Todo esto se realiza en un espíritu de "acogida" al cual la Regla dedica un minucioso capítulo cuyo espíritu desde el inicio se expresa diciendo: *A todos los forasteros que se presenten, se les acogerá como a Cristo, ya que él un día ha de decir: "Era forastero y me acogiste"*.

Tal acogida se despliega de una manera eficaz en la participación de los monasterios en la educación de la juventud en sus tres grados, como también en los otros servicios, por ejemplo, en las obras sociales que suplen la deficitaria carencia de nuestra sociedad, en el movimiento litúrgico y en la implantación de las reformas del Concilio Vaticano. Los ejemplos pueden multiplicarse. Todo esto se realizará de acuerdo con el espíritu de la Regla cual verdadera irradiación de la **traditio**.

*Por lo demás, el que tiene prisa para llegar a la perfección del monacato, tiene la enseñanza de los santos Padres, cuya observancia conduce al hombre hasta la cumbre de la perfección (RB 73,2).*

Este es el horizonte en el cual el monaquismo es llamado a dar su colaboración para la misión de la Iglesia y, más objetivamente, a los laicos insertos en la Iglesia local. Ésta es el sujeto principal de la acción misionera del Espíritu Santo. En ella, los monjes deben discutir y tornar efectivo el carisma que les incumbe, respetando siempre un espacio preciso y un tiempo determinado.

En el horizonte de este descubrimiento y en un clima de comunión, toca a los monjes contribuir al crecimiento del laico como protagonista de la evangelización, de la manera como

fue concebido y proclamado por la Asamblea de Santo Domingo.

Esto debe hacerse sin competencias y sin superposición de los agentes entre sí. Los monjes participan de tal misión, siendo para la Iglesia una verdadera señal, sacramento eficaz del Evangelio. Según la Regla, ellos deben recorrer el itinerario común en dirección al Reino de Dios: "Cefidos, pues, nuestros lomos con la fe y la observancia de las buenas obras, tomando por guía el Evangelio, sigamos sus caminos, para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su Reino" (RB Pr.21).

Por esta razón, la comunidad monástica es la señal precursora del Reino, en particular para los laicos con los cuales convive.

## Conclusión

Podemos concluir de forma concisa: No se trata de que el monje deba alterar su **conversatio** para servir a la Iglesia local, sino de dar su eficaz contribución para que el laico sea un verdadero ciudadano del Reino y un eficaz protagonista de la evangelización. Se trata de ser monje con tal plenitud que desde lo íntimo de la propia **conversatio monástica** pueda ser la expresión viva y elocuente de la tradición que, en la Iglesia, es la manifestación histórica de la acción del Espíritu.

*Monasterio de San Benito  
Cx. p. 118  
01059-970 Sao Paulo, SP  
Brasil*